



Crecer o no crecer, he ahí el dilema

JIMENA UGARTE

A partir de la Revolución Industrial los países autodenominados desarrollados se dedicaron a aumentar la producción de bienes materiales con tal éxito que actualmente producen, consumen y desperdician en exceso. Esta conducta sostenida ha traído consecuencias funestas: deterioro creciente del hábitat natural, huella ecológica superior al 20 por ciento, cambio climático y calentamiento del planeta, aumento en la pobreza, regreso de enfermedades que se creían erradicadas y aparición de nuevas pestes.

El consenso sobre el “necesario” crecimiento del producto interno bruto (*pib*) y el apetito insaciable de nuevos y más bienes materiales nos empuja a un abismo cuya profundidad desconocemos. Y, paradójicamente, se ha constatado que el crecimiento del *pib* no hace a la gente más feliz (ver cuadro). Además de que la teoría de que *el que lo pueda pagar lo puede gozar* se debe acabar; ella, que no es responsable ni solidaria, genera casos como el de que los países ricos exporten descaradamente a los pobres desechos contaminantes convirtiendo a éstos en basureros.

Reacciones a esta actitud se han producido desde diferentes flancos. En Francia están planteando un partido del *decrecimiento* cuya plataforma consistiría en des-mecanizar la agricultura, des-industrializar para favorecer al artesano y restringir todo transporte contaminante. Los estudiosos afirman que el capitalismo y su corolario -el crecimiento perpetuo de la riqueza- entran en contradicción con las leyes de la naturaleza y la segunda ley de la termodinámica -de la entropía-, que establece que la energía una vez usada en una máquina se pierde, se disipa y se vuelve inutilizable.

Basados en estos y otros argumentos podemos afirmar que todo desarrollo sostenible debe basarse en el decrecimiento, dado que toda energía es limitada y la insistencia en los hábitos de consumo “glotones” impediría a las generaciones futuras contar con ella, mientras aumenta la obesidad de una parte del planeta. El decrecimiento pregona una sociedad menos voraz y más sobria, menos alienante y más solidaria. La hipótesis *Gaia*, lanzada en 1970, según la cual la vida terrestre es un sistema que se autorregula, se contrapone al enfoque actual de la economía, que no toma en cuenta el límite de los recursos disponibles.

Como el crecimiento está esencialmente ligado a la sostenibilidad, no importa cuántos ni qué esfuerzos se hagan en producir elementos, edificios y ciudades sostenibles, si la sociedad no lo es. Mientras exista el desequilibrio entre el Norte y el Sur, mientras no se pague a cada país lo justo por sus productos, mientras no se reconsidere el concepto universal de riqueza (solo referida a la moneda), la tan banalizada sostenibilidad no verá la luz y no pasará de ser un pretexto, una excusa o un escudo para muchas incongruencias.

Los organismos internacionales encargados de la paz, de la seguridad alimenticia, de la salud mundial y de la economía justa son en este momento los llamados a provocar un cambio sustancial y a ser más exigentes con la conducta de los países. Por ejemplo, se sabe que la enfermedad del siglo de los países ricos será la depresión y la neurosis, pero en lugar de corregir el estilo de vida y de analizar -a fin de hacer posibles reorientaciones- la familia, el sistema educativo y la transmisión -o no- de valores esenciales, para disminuir de raíz el flagelo, se invierten los recursos en investigar medicinas que traten esos padecimientos. ¿Por qué estos organismos entran o siguen el juego de los grandes intereses comerciales?

Por otro lado, los organismos encargados de la economía mundial, que cada tantas décadas reconocen que “el modelo aplicado no dio los resultados esperados” (ahora el modelo de moda es el del sureste asiático, Irlanda y Chile), deben de ser más visionarios, cautos y justos. Por la extensa explotación que hicieron los países europeos de sus colonias, ¿por qué no aplican un modelo que, por ejemplo, condone las deudas y nos permita empezar de nuevo, pero en igualdad de condiciones? Actualmente, los países que no hacen su tarea, que se portan mal, que producen drogas, que malgastan sus recursos, cuyas poblaciones emigran a países vecinos porque en el propio no hay futuro posible, son los premiados. ¿No debería ser al contrario?

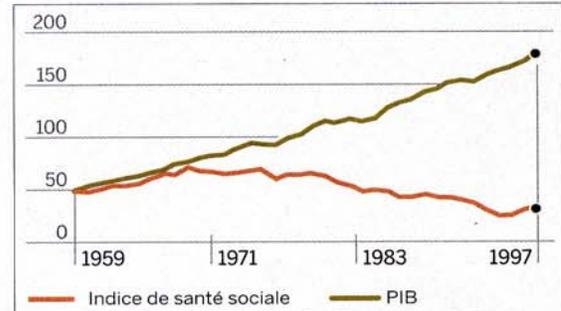
Costa Rica es un país que se ha esforzado por hacer las cosas bien. Ni su pequeñez ni sus escasos recursos han servido de pretexto para no recibir una inmigración equivalente en tamaño al 25 por ciento de la suya propia, y recibirla con plenitud de derechos, sin ayuda internacional. Tales pequeñez y escasez de recursos tampoco fueron

pretextos para, tiempo atrás, no abolir su ejército, ni dejar de mantener una democracia ejemplar, ni dejar de mantener sus parques nacionales contra viento y marea. ¿Por qué no se nos reconocen estos esfuerzos? ¿No sería más cómodo para nosotros urbanizar todo, vender la madera y la fauna de los bosques, iniciar la explotación petrolera, mendigar energía eléctrica, pasearnos en la biodiversidad y ganar mucha plata? Los modelos y los parámetros de medición y calificación son miopes, cortoplacistas y unilaterales.

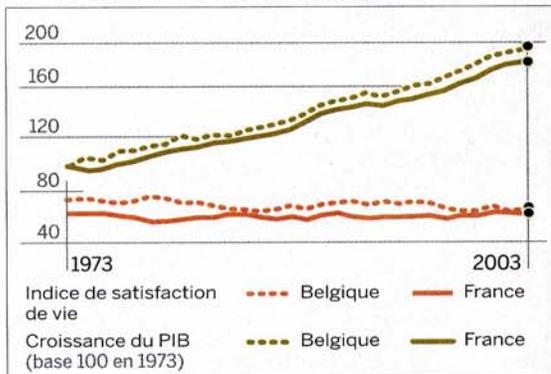
Sin duda, la riqueza máxima de Costa Rica es su biodiversidad y, sin embargo, cada día nuestros santuarios naturales están más afectados por la depredación para desarrollar el turismo (panacea de moda) y adoptar modelos ajenos que, uno a uno (costa española, costa asiática, Caribe), han ido demostrando ser ráfagas de bienestar efímeras. ¿Cuánto puede durar el boom turístico en nuestro país? ¿Quién nos devolverá la biodiversidad si no nos empeñamos en conservarla y aumentarla? ¿No es éste nuestro "petróleo futuro"? Vuelvo al tema del crecimiento: ¿hasta dónde? Desarrollo sí, pero con prudencia y responsabilidad.

www.galeriaambientalista.com

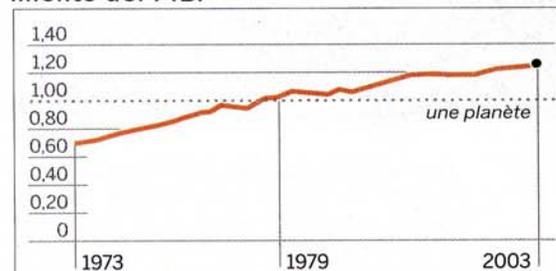
MILES DE FOTOS
DEL AMBIENTE TÍPICO
Y MESOAMERICANO



INDICE DE SALUD SOCIAL, creado en 1959 por el Fordham Institute, fundación americana de investigación. Una síntesis de 16 variables sociológicas que integra temas de violencia, accidentes de ruta ligados al alcohol, el acceso a la vivienda, o las inequidades salariales. El gráfico es claro que a pesar del crecimiento del PIB americano, el de la "salud social" declina.



INDICE DE SATISFACCIÓN DE VIDA concebido por la Universidad Erasmus en Rotterdam, evalúa, en una escala de 0 a 100 "la felicidad" de la población. En Francia y Bélgica el índice está estancado desde 1973, independientemente del crecimiento del PIB.



LA HUELLA ECOLÓGICA es una medida de la presión ejercida por el hombre sobre la naturaleza, medida desde 1999 por el World Wildlife Fund. Las necesidades actuales sobrepasa en un 20% la capacidad biológica de la Tierra para regenerarse. El Norte parece ser el principal responsable, porque se estima que el quinto de la población más rica consume cuatro quintos de los recursos planetarios. Crecimiento económico y crecimiento de problemas ecológicos, parecen ir de la mano.

